

Bixiou.—Mucho temo que vuelvan loco á mi pobre José Bridau.

—Ellos son la causa de que mi compatriota y compañero de colegio Bianchón se muestre frío conmigo—dijo Lousteau.

—¿Se enseña allí la gimnasia y la ortopedia de los espíritus?—preguntó Merlin.

—De todos modos, Bianchón es un gran médico—dijo Lousteau.

—¿No es su jefe visible un tal Artez, jovencito, pequeño, que piensa tragarnos á todos?—dijo Nathán.

—¡Oh! Artez es un hombre de genio—exclamó Luciano.

—Prefiero un vaso de vino de Jerez—dijo Claudio Vignón riéndose.

En este momento, cada uno explicaba su carácter á su vecino. Cuando las gentes de talento llegan á querer explicarse á sí mismos y á dar la llave de sus corazones, es seguro que la embriaguez se ha apoderado de ellos. Una hora después, todos los convidados, que se habían hecho muy amigos, se trataban de grandes hombres, de talentos y de gentes cuyo porvenir era seguro. Luciano, en su calidad de amo de la casa, se había conservado algo sereno, y oyó allí sofismas que le sorprendieron y acabaron la obra de su desmoralización.

—Hijos míos—dijo Finot,—el partido liberal está obligado á reanudar su polémica, y como no tiene nada que decir en este momento en contra del gobierno, ya comprenderéis el apuro en que se encuentra la oposición. ¿Quién de vosotros quiere escribir un tomito pidiendo el restablecimiento del derecho de primogenitura, á fin de dar materia para atacar los designios secretos de la corte? El tomito se pagará bien.

—Yo—dijo Héctor Merlin.

—No, porque tu partido diría que le comprometes—replicó Finot.—Feliciano, encárgate tú de ese opúsculo, Dauriat lo editará y nosotros te guardaremos el secreto.

—¿Cuánto dais?—dijo Vernou.

—Seiscientos francos, y te firmarás el conde Z.

—Convenido—dijo Vernou.

—¿También en política vais á emplear ese sistema?—repuso Lousteau.

—¿Por qué no?—repuso Finot.—Atribuimos intenciones

al gobierno, y desencadenamos contra él la opinión pública.

—Siempre me causará el más profundo asombro el ver que un gobierno abandona la dirección de las ideas á extravagantes como nosotros—dijo Claudio Vignón.

—Si el ministerio comete la tontería de descender á la arena, agriaremos la cuestión y excitaremos á las masas—repuso Finot.—El periódico no arriesga nunca nada allí donde el poder puede perderlo todo.

—Francia está anulada hasta el día en que el periódico sea puesto fuera de la ley—repuso Claudio Vignón.—Cada momento hacéis progresos—le dijo á Finot,—y veo que seréis nuevos jesuitas, sin la fe, sin el pensamiento fijo, sin la disciplina y sin la unión.

Cada cual miró la mesa de juego. Los resplandores de la aurora no tardaron en hacer palidecer las bujías.

—Tus amigos de la calle de los Cuatro Vientos estaban tristes como la muerte—dijo Coralia á su amante.

—Es que eran los jueces—respondió el poeta.

—¡Oh! los jueces son más divertidos que ellos—dijo Coralia.

Durante un mes, Luciano sólo se ocupó en almuerzos, comidas, cenas y veladas, y por invencible corriente, se vió arrastrado á un torbellino de placeres y de trabajos fáciles. El provinciano no calculó ya. El poder del cálculo en medio de las complicaciones de la vida, es el sello de las grandes voluntades. Como la mayor parte de los periodistas, Luciano vivió al día, gastó el dinero á medida que lo ganaba y no pensó en las cargas periódicas de la vida parisiense, que tan aplastantes resultan para el bohemio. En su porte y en su lujo rivalizaba con los petimetres más célebres. Como todos los fanáticos, Coralia se complacía en adornar á su ídolo, y se arruinó para procurar á su querido poeta aquel costoso mobiliario de los elegantes que tanto había deseado Luciano durante su primer paseo por las Tullerías. El joven provinciano pudo tener maravillosos bastones, un monóculo encantador, botones de diamantes, pasadores para sus corbatas, sortijas y chalecos de mil clases, tanto, que no tardó en sentar plaza de elegante. El día que acudió á la invitación del diplomático alemán, su metamorfosis causó una especie de envidia á los jóvenes que se hallaban allí, tales como de Marsay, Vandenesse, Adjuda-Pinto, Máximo de Trailles, Rastignac, el duque de Maufrigneuse, Beaudenord, Manerville, etc.,



gomosos todos de primera fila. Los hombres del gran mundo se ceban entre sí lo mismo que las mujeres. La condesa de Montcornet y la marquesa de Espard, que eran las que daban la comida, tuvieron á Luciano á su lado y le colmaron de coqueterías.

—¿Por qué dejó usted el mundo, encontrándole tan dispuesto á acogerle bien y á festejarle?—le dijo la marquesa.—Yo estoy quejosa de usted. Me debía una visita y aun le espero, y el otro día le vi en la Opera y ni siquiera se dignó mirarme ni saludarme.

—Señora, su prima me despidió de una manera tan clara...

—Usted no conoce á las mujeres—le respondió la marquesa de Espard interrumpiendo á Luciano.—Ha herido usted al corazón más angelical y al alma más noble que yo conozco, é ignora lo que Luisa quería hacer por usted y la astucia que empleaba para desarrollar su plan. ¡Oh! ella hubiera salido airosa—añadió la marquesa al ver el movimiento negativo que hacía Luciano con la cabeza.—Su marido, que ha muerto ahora, como debía morir, de una indigestión, ¿no tenía que devolverle su libertad, tarde ó temprano? ¿Cree usted que ella quería ser señora Chardón? El título de condesa de Rubempré bien valía la pena de ser conquistado. Mire usted, el amor es una gran vanidad que debe estar de acuerdo con las demás vanidades, sobre todo en el matrimonio. Aunque yo le quisiese á usted con locura, es decir, lo bastante para casarme con usted, me sería muy duro llamarme la señora Chardón. Conviene usted en ello, ¿sí ó no? Ahora ya ha visto usted las dificultades de la vida de París, conoce los rodeos que es preciso dar para lograr su objeto, y debe confesar que, tratándose de un desconocido sin fortuna, Luisa aspiraba á un favor casi imposible y tenía que aprovecharse de todo. Usted tiene mucho talento; pero nosotras, cuando amamos, tenemos más talento que el hombre más listo. Mi prima quería emplear á ese ridículo de Chatelet... Le debo á usted muchos placeres, porque sus artículos contra él me han hecho reír mucho—dijo la dama interrumpiéndose.

Luciano no sabía ya qué pensar. Iniciado en las traiciones y en las perfidias del periodismo, ignoraba las del mundo; así es que, á pesar de su perspicacia, tenía que recibir rudas lecciones.

—¡Cómo! señora—dijo el poeta, cuya curiosidad fué profundamente despertada,—¿no protege usted ya al Airón?

—Mire usted, en el mundo se ve una obligada á poner buena cara á sus más crueles enemigos, á fingir que le divierten los fastidiosos y á veces á sacrificar aparentemente á sus amigos para servirles mejor. ¿Aun es usted tan inocente? ¡Cómo! ¿usted, que quiere escribir, ignora aún los engaños corrientes del mundo? Si mi prima fingió sacrificarle á usted por el Airón, ¿no necesitaba hacerlo para aprovecharse de su influencia en favor de usted, toda vez que nuestro hombre goza de gran favor en el ministerio actual? A Chatelet le han indemnizado de los perjuicios que le han ocasionado las persecuciones de usted, pues, como decía Lupeaulx á los ministros: «Mientras los periódicos ponen en ridículo á Chatelet, dejan en paz al ministerio».

—El señor Blondet me ha hecho esperar que tendré el placer de verle á usted en mi casa—dijo la condesa de Montcornet al poeta, mientras que la marquesa abandonó á Luciano á sus reflexiones.—Encontrará usted allí á algunos artistas y escritores, y á una mujer que tiene gran deseo de conocerle, á la señorita Touches, uno de esos talentos raros en nuestro sexo. La señorita de Touches, ó Camilo Maupín, si usted quiere, tiene uno de los salones más notables de París, es prodigiosamente rica, le han dicho que es usted tan guapo como listo y se muere de ganas de verle.

Luciano se deshizo en cumplidos y palabras de agradecimiento, y dirigió á Blondet una mirada de envidia. Había tanta diferencia entre Coralía y una mujer del género y calidad de la condesa de Montcornet, como entre Coralía y una muchacha del pueblo. Aquella condesa joven, hermosa y ocurrente tenía como belleza especial la blancura excesiva de las mujeres del Norte; su madre había nacido princesa de Scherbellof; así es que el ministro, antes de comer, le había prodigado las más respetuosas atenciones.

En este momento la marquesa acababa de chupar un ala de pollo, y le dijo á Luciano:

—¡Tanto como le quería á usted mi pobre Luisa! Yo conocía el hermoso porvenir que ella soñaba para usted. ¡Oh! ¡cuántas cosas hubiera soportado por conseguirlo! Pero el desprecio que usted le hizo enviándole las cartas, fué muy grande. Nosotras perdonamos las crueldades, pero no la indiferencia, porque la indiferencia es como el hielo, lo ahoga



todo. Vamos, convenga usted en que ha perdido verdaderos tesoros por su culpa. ¿Por qué romper con ella? Aunque hubiese usted sido despreciado, ¿no tiene usted que hacer fortuna y reconquistar su nombre? Luisa pensaba en todo esto.

—Y ¿por qué no me lo dijo?—respondió Luciano.

—¡Ayl! ¡Dios mío! yo fui la que le aconsejé que no le dijese nada. Mire usted, aquí, para entre los dos, puedo decirle que, al verle tan poco hecho al mundo, le temí: tuve miedo de que su inexperiencia y su aturrido amor destruyesen sus cálculos y nuestros planes. ¿Puede usted ahora acordarse de usted mismo? Confíeselo. Hoy no se parece usted en nada á sí mismo. Esa es la única falta que hemos cometido. Pero, entre mil hombres, ¿se encontraría uno que al talento uniese ese poder de asimilación que tiene usted? Nunca creí que usted fuese, como es, una tan sorprendente excepción. Se ha metamorfoseado tan pronto, se ha iniciado tan fácilmente en los modales parisienses, que hace un mes, cuando le vi en el bosque de Bolonia, no le reconocí.

Luciano escuchaba á aquella gran dama con un placer inexplicable. Ella unía á sus palabras halagüeñas un aire tan confiado, tan mimoso, tan sencillo, y parecía interesarse tanto por el poeta, que éste llegó á creer en algún prodigio semejante al de su primera velada en el Panorama Dramático. Desde aquella noche feliz, todo el mundo le sonreía, tanto, que Luciano atribuyó á su juventud un poder talismánico y quiso poner á prueba á la marquesa, prometiéndose no dejarse sorprender.

—¿Cuáles eran, pues, esos planes que se han convertido en quimeras, señora?

—Luisa quería enterrar su nombre de Chardón, obteniendo una real orden que le permitiese á usted usar el nombre y el título de Rubempré. Este primer éxito, tan fácil de obtener entonces y tan difícil hoy á causa de sus conocidas opiniones, era para usted una fortuna. Tal vez juzgue usted visiones y bagatelas estas ideas; pero nosotros conocemos un poco la vida y sabemos la importancia que tiene un título de conde llevado por un joven elegante y encantador. Anuncie usted aquí, delante de algunas inglesas millonarias, al *señor Chardón* ó al *señor conde de Rubempré*, y verá usted cuán diferentes son los movimientos que hacen. Aunque estuviese lleno de deudas, el conde encontraría los corazones abiertos, y su belleza, puesta de manifiesto, sería

como un diamante sobre una rica montura; mientras que el señor Chardón ni siquiera sería notado. Nosotros hemos creado estas ideas y las vemos reinar en todas partes, hasta entre los plebeyos. Mire usted á ese guapo joven, al vizconde Félix de Vandenesse, que es uno de los dos secretarios particulares del rey. El rey gusta de las gentes de talento, y ese, cuando llegó de provincias, estaba en situación peor que usted y no le igualaba en talento; sin embargo, pertenecía á una gran familia y tenía un buen nombre, cosa que no tiene usted. Usted conoce á Lupeaulx, cuyo nombre se parece al de usted, pues se llama Chardín. Sin embargo, éste no vendería por un millón su quinta de Lupeaulx, será algún día conde, y su nieto llegará á ser un gran señor. Si continúa usted marchando por la falsa senda que ha emprendido, está perdido. ¿Ve usted cuánto más juicioso es Emilio Blondet? Este piensa bien, está en un periódico que sostiene al poder, es bien mirado en todas partes y puede mezclarse impunemente con los liberales. Tarde ó temprano, Blondet medrará, porque ha sabido escoger opinión y protectores. Esa hermosa señora que está al lado de usted, es una señorita de Troisville que tiene en su familia dos pares y dos diputados, que ha hecho un rico matrimonio á causa de su nombre, que recibe mucho en su casa y que tendrá influencia y removerá el mundo por Emilio Blondet. ¿Adónde irá usted con una Coralia? A llenarse de deudas y á cansarse de los placeres en pocos años. Emplea usted mal su amor y no sabe dirigir su vida. Esto mismo me decía en la Ópera la mujer á quien usted se complace en herir. Deplorando el derroche que usted hace de su juventud y de su talento, Luisa no se ocupaba de ella, sino de usted.

—¡Ah! ¡si dijese usted la verdad, señora!—exclamó Luciano.

—¿Qué interés puedo tener en engañarle?—dijo la marquesa anonadando á Luciano con una mirada desdeñosa y fría.

Luciano, azorado, no reanudó la conversación, y la marquesa, ofendida, cesó de hablarle. El poeta se picó, pero reconoció que había cometido una torpeza y se prometió repararla. A poco de esto, se volvió hacia la señora de Montcornet y le habló de Blondet, ensalzándole el mérito de este joven escritor. Fué tan bien recibido por la condesa, que, obedeciendo á una seña de la señora de Espard, le invitó á su próxima velada, preguntándole al mismo tiempo



si no vería con gusto á la señora de Bargetón, la cual, á pesar del luto, iría, porque no se trataba de una gran velada, sino de una reunión entre amigos.

—La señora marquesa pretende que toda la culpa está de mi parte—dijo Luciano.

—Haga usted cesar los ataques ridículos de que ella es objeto, ataques que la comprometen con un hombre del cual se burla, y con esto habrá usted firmado la paz. Me han dicho que usted se creyó burlado, y, sin embargo, yo la vi muy triste á causa de su abandono. ¿No es verdad que había dejado ella la provincia con usted y por usted?

Luciano miró á la condesa sin atreverse á responder.

—¿Cómo podía usted desconfiar de una mujer que hacía tales sacrificios? Por otra parte, hermosa é inteligente como es, tenía que ser amada á pesar de todo. La señora de Bargetón le amaba más bien por su talento que por usted mismo. Créame usted, las mujeres se enamoran del talento antes de enamorarse de la belleza—dijo mirando á hurtadillas á Emilio Blondet.

Luciano reconoció en el palacio del ministro las diferencias que existen entre el gran mundo y el mundo excepcional en que vivía hacía algún tiempo. Estas dos esferas no tenían ninguna semejanza, ningún punto de contacto. La altura y la disposición de las piezas de aquella casa, que es una de las más ricas del arrabal Saint-Germain, los antiguos dorados de los salones, la seria riqueza de los accesorios, la amplitud del decorado, todo era para él extraño y nuevo; pero su feliz disposición para habituarse rápidamente á las cosas del mundo, impidió á Luciano mostrarse asombrado, y adoptó una actitud tan distante del aplomo y de la fatuidad, como de la complacencia y el servilismo. El poeta estuvo feliz en sus modales y agradó á aquellos que no tenían ninguna razón para serle hostiles. Al levantarse de la mesa, el poeta ofreció el brazo á la señora de Espard, la cual lo aceptó, y Rastignac, al ver á Luciano cortejado por la marquesa de Espard, fué á recordarle su paisanaje y su primera entrevista en casa de la señora de Val-Noble. El joven noble pareció deseoso de trabar amistad con el gran hombre de provincia, invitándole á almorzar en su casa alguna mañana y ofreciéndose á presentarle á los jóvenes de moda. Luciano aceptó esta proposición y Rastignac le dijo:

—También estará allí nuestro querido Blondet.

El ministro fué á unirse al grupo formado por la marquesa de Ronquerolles, el duque de Rhetoré, de Marsay, el general Montriveau, Rastignac y Luciano.

—Muy bien—le dijo al poeta con aquel tono bondadoso debajo del cual ocultaba su temible astucia;—ha hecho usted las paces con la señora de Espard, que está encantada de usted, y le felicito, pues todos sabemos cuán difícil es agrada-la.

—Sí, pero ella adora el talento—dijo Rastignac,—y mi ilustre compatriota lo vende.

—Déjelo usted—dijo Blondet;—no tardará en reconocer el mal comercio que hace y en ser uno de los nuestros.

Luciano oyó un coro de comentarios acerca de este tema. Los hombres serios lanzaron algunas frases profundas con tono despótico, y los jóvenes bromearon sobre el partido liberal.

—Estoy seguro de que ha echado á cara y cruz por la izquierda ó la derecha; pero ahora espero que escogerá.

Luciano se echó á reír, acordándose de su escena en el Luxemburgo con Lousteau.

—Ha tomado por consejero á un tal Esteban Lousteau, cuya política consiste en creer en la vuelta de Napoleón y en el agradecimiento y patriotismo de los señores de la izquierda—dijo Blondet continuando.—Como Rubempré que es, las inclinaciones de Luciano deben ser aristocráticas; y como periodista, debe estar por el poder; de lo contrario, no será nunca ni Rubempré ni secretario general.

Luciano, que fué invitado para jugar al *whist*, causó gran sorpresa confesando que no conocía este juego.

—Amigo mío—le dijo Rastignac al oído,—venga usted algún día temprano á almorzar á mi casa, y yo le enseñaré el *whist* para que no deshonoré á nuestra villa de Angulema y para que no tenga que oír algún día el dicho de Talleyrand, de que si no sabe usted este juego, se prepara una vejez desgraciada.

En este momento, anunciaron á Lupeaulx, refrendario que gozaba entonces de gran favor, hombre astuto y ambicioso, que se colaba en todas partes y que hacía favores secretos al ministro. Saludó á Luciano, con el cual se había encontrado ya en casa de la señora de Val-Noble, y denotó con su saludo una amistad fingida que debía engañar á Luciano. Al encontrar allí al joven periodista, aquel hombre,



que se hacía en política amigo de todo el mundo á fin de que nadie le cogiese desprevenido, comprendió que Luciano iba á obtener en la alta sociedad un éxito igual al que había obtenido en literatura. Vió en aquel poeta un ambicioso, y le prodigó protestas y testimonios de interés, á fin de hacer más íntimo su trato y de engañar á Luciano acerca del valor de sus promesas y de sus palabras. Lupeaulx tenía por principio el conocer bien á aquellos de quienes quería deshacerse cuando veía en ellos un rival. De esta suerte, Luciano fué bien acogido en el gran mundo, comprendió todo lo que debía al duque de Rhetoré, al ministro, á la señora de Espard y á la señora de Montcornet, habló algunos momentos con estas damas antes de marchar, y desplegó con ellas toda la gracia de su talento.

—¡Qué fatuidad!—dijo Lupeaulx á la marquesa cuando Luciano se fué.

—Se pudrirá antes de madurar—dijo de Marsay sonriendo á la marquesa.—Razones ocultas debe usted tener para marearlo de ese modo.

Luciano encontró á Coralia dentro del coche, que le esperaba en el patio, y el poeta, que se sintió conmovido ante aquella atención, le contó lo que había ocurrido durante la velada. Con gran asombro de Luciano, la actriz aprobó las ideas que flotaban ya en el cerebro del poeta, y le aconsejó que se alistase debajo la bandera ministerial.

—Con los liberales no te esperan más que disgustos, pues ya sabes que conspiran y que han matado al duque de Berry. ¿Crees que echarán abajo al gobierno? ¡Nunca! Con ellos no llegarás á ninguna parte, mientras que de este otro modo, serás conde de Rubempré, puedes prestar buenos servicios, ser nombrado par de Francia y casarte con una mujer rica. Sé ultra. Por otra parte, esto es de buen género—añadió soltando la frase que constituía para ella la razón suprema.—La Val-Noble, en cuya casa comí ayer, me dijo que Teodoro Gaillard estaba decidido á fundar su periódico realista titulado *El Despertar*, á fin de contestar á las bromas del vuestro y de *El Espejo*. Según él, el señor de Villele y su partido estarán en el poder antes de un año. Procura aprovechar este cambio uniéndote á ellos antes de que suban; pero no les digas nada á Esteban ni á tus amigos, porque serían capaces de jugarte alguna mala pasada.

Ocho días después, Luciano se presentó en casa de la se-

ñora de Montcornet, donde sintió una violenta agitación al ver de nuevo á la mujer á quien tanto había amado y á quien tanto había herido con sus artculos. También Luisa estaba metamorfoseada, y se había convertido en lo que habría sido siempre á no haber vivido en provincias, en una gran dama. En su luto había una gracia y una coquetería que denotaban una viuda feliz. Luciano creyó que había influido él algo en aquella presunción, y no se engañaba. Pero, como había probado ya la carne fresca, permaneció indeciso durante toda la velada entre la hermosa, enamorada y voluptuosa Coralia, y la seca, altanera y cruel Luisa, y al fin no supo decidirse á sacrificar á la actriz por la gran dama. Este sacrificio fué esperado durante toda la noche por la señora de Bargetón, la cual volvía á sentir amor por Luciano al verle tan guapo y tan ocurrente.

—Está bien, querido Luciano—le dijo Luisa con una bondad llena de gracia parisiense y de nobleza.—Debía usted ser mi orgullo, y me ha tomado usted por su primera víctima. Pero, en fin, pensando que había un resto de amor en semejante venganza, le he perdonado á usted, hijo mío.

La señora de Bargetón recobraba su posición con esta frase acompañada de un aire regio, y Luciano, que creía tener mil veces razón, se consideraba culpable. No se habló ni de la terrible carta que había puesto fin á sus relaciones, ni de los motivos de la ruptura. Las mujeres del gran mundo tienen un talento maravilloso para aminorar sus culpas bromeando, y saben eclipsarlo todo con una sonrisa ó con una pregunta simulando sorpresa. No se acuerdan de nada, lo explican todo, se asombran, interrogan, comentan, amplían y acaban por borrar sus culpas como se borra una mancha con un pequeño lavado: sabéis que son negras, y en un momento pasan á ser blancas é inocentes. Vosotros, por vuestra parte, os consideraríais muy felices si no resultáis culpables de algún crimen irremisible. En un momento, Luciano y Luisa recobraron sus ilusiones acerca de sí mismos, y hablaron el lenguaje de la amistad; pero Luciano, ebrio de vanidad y embriagado con el cariño de Coralia, que amenizaba su vida, no supo responder terminantemente á esta pregunta, que Luisa acompañó de un suspiro de duda:

—¿Es usted feliz?

Un *no* melancólico hubiese hecho su fortuna; pero creyó ser listo explicando el cariño de Coralia, y hablando de



esto, soltó todas las tonterías propias de un hombre enamorado. La señora de Bargetón se mordió los labios, y todo terminó con esto. La señora de Espard, acompañada de la señora de Montcornet, acudió al lado de su prima, y Luciano se vió aquella noche el héroe de la velada, siendo acariciado, mimado y festejado por aquellas tres mujeres, que lo embaucaron con un arte infinito. Su éxito en aquel mundo brillante y hermoso no fué, pues, menor que en el seno del periodismo. La hermosa señorita de Touches, tan conocida por el nombre de Camilo Maupín, conoció allí también á Luciano, el cual le fué presentado por las señoras de Espard y de Bargetón, é invitado á comer por la escritora á uno de sus miércoles. El poeta quedó admirado ante la belleza de aquella joven tan justamente famosa é intentó probar que era más listo que guapo. La señorita de Touches expresó su admiración con esa sencillez y ese furor de amistad superficial que cautiva á los que no conocen á fondo la vida parisiense, cuya continuidad de goces contribuye á que los que la hacen se sientan siempre ávidos de novedades.

—Si yo le gustase tanto como ella me gusta, abreviaríamos la novela—dijo Luciano á Rastignac y á de Marsay.

—Lo mismo usted que ella saben escribirlas demasiado bien, para querer hacerlas juntos—respondió Rastignac.—¿Puede nunca haber amor entre autores? Llega siempre un momento en que empiezan á aparecer las palabras picantes.

—El negocio no sería malo—le dijo de Marsay riéndose.—Esa encantadora muchacha tiene treinta años, es verdad; pero posee cerca de ochenta mil francos de renta. Es sumamente caprichosa, y su belleza está llamada á durar mucho tiempo. Querido mío, Coralía es una tontuela, buena para que le sirva de escabel, pues ningún soltero guapo debe estar sin querida; pero si no hace usted alguna buena conquista en el gran mundo, á la larga esa buena actriz le perjudicará. Vamos, querido mío, sustituya usted á Conti, que va á cantar ahora con Camilo Maupín.

Cuando Luciano oyó á la señorita de Touches y á Conti, sus esperanzas se desvanecieron.

—Conti canta demasiado bien—le dijo á Lupeaulx.

El poeta volvió al lado de la señora de Bargetón, la cual lo llevó al salón en que estaba la marquesa de Espard.

—Conque ¿quiere usted interesarse por él?—dijo la señora de Bargetón á su prima.

—Que el señor Chardón se ponga en situación de ser patrocinado sin inconveniente para sus protectores—dijo la marquesa con aire dulce é impertinente á la vez.—Si quiere obtener la real orden que le permitirá dejar el triste nombre de su padre por el de su madre, tiene que ser, al menos, de los nuestros.

—Antes de dos meses lo habré arreglado todo—dijo Luciano.

—Bueno—dijo la marquesa,—veré á mi padre y á mi tío, que están al servicio del rey, y ellos le hablarán de usted al canceller.

El diplomático y aquellas dos mujeres habían adivinado perfectamente el punto flaco de Luciano. Este poeta, maravillado de los esplendores aristocráticos, sufría indescriptibles mortificaciones cuando le llamaban Chardón y cuando veía entrar en los salones hombres que llevaban nombres sonoros revestidos de títulos. Este dolor lo sintió durante algunos días en cuantos sitios frecuentaba, y, por otra parte, sintió una sensación no menos desagradable cuando tenía que descender á los trabajos de su oficio después de haber estado la víspera en reuniones, donde se presentaba de una manera conveniente gracias á los criados y al equipo de Coralía. El provinciano aprendió á montar á caballo para poder galopar al lado de los coches de la marquesa de Espard, de la señorita de Touches y de la condesa de Montcornet, privilegio éste que tanto había deseado á su llegada á París. Finot tuvo una gran satisfacción en procurar á su redactor esencial una entrada de favor en la Ópera, donde Luciano perdió muchas noches formando grupo con los elegantes de la época. Si el poeta dió á Rastignac y á sus amigos un espléndido almuerzo, cometió la falta de darlo en casa de Coralía, pues era demasiado joven, demasiado poeta y demasiado confiado para conocer ciertos peligros. ¿Podía guiarle en la vida una actriz que era excelente muchacha, pero que carecía de educación? El provinciano probó de la manera más evidente á aquellos jóvenes, llenos de malas disposiciones contra él, esa colusión de intereses entre la actriz y él, colusión que todo joven envidia secretamente y procura criticar. El que por la noche bromeó más cruelmente acerca de esto, fué Rastignac, no obstante ser uno de los que se sostuvieron en el mundo apelando á estos medios; bien es verdad que él había sabido guardar tan bien las apariencias,



que estaba en disposición de poder tildar de calumnia aquellos dichos. Luciano no tardó en aprender á jugar al whist, y este juego pasó á ser para él una pasión. Para evitar toda rivalidad, Coralia, lejos de desaprobar á Luciano, favorecía sus disipaciones con la ceguera propia de los sentimientos verdaderos, que no ven nunca más que el presente y que lo sacrifican todo por el goce del momento. El carácter del amor verdadero ofrece constantes semejanzas con la infancia, y posee su misma irreflexión, su imprudencia, su disipación, su risa y sus llantos.

En aquella época florecía una sociedad de jóvenes ricos ó pobres, y ociosos todos, llamados *vividores*, los cuales vivían, en efecto, con increíble indiferencia, sin más pensamiento que comer bien y beber mejor. Disipadores todos y entregados á las bromas más rudas en medio de su existencia, no reculaban ante ninguna imposibilidad, se vanagloriaban de sus fechorías, contenidas, sin embargo, en ciertos límites, y como la gracia más original era la característica de ellas, era imposible dejar de perdonárselas. Ningún hecho acusa más claramente el ilotismo á que quedó condenada la juventud cuando la Restauración. Los jóvenes que no sabían en qué emplear sus fuerzas, no sólo las gastaban en el periodismo, en las conspiraciones, en la literatura y en el arte, sino que las disipaban en los más extraños excesos, tanta era la savia y el poder en la Francia joven. Trabajadora, aquella hermosa juventud quería el poder y el placer; artista, quería tesoros; ociosa, quería animar sus pasiones; de todos modos quería un puesto, y la política no se lo cedía en ninguna parte. Los *vividores* eran casi todos gente dotada de facultades eminentes; algunos las perdieron con aquella vida enervante, mientras que otros pudieron resistir á ella. El más célebre de aquellos *vividores*, el más ingenioso, Rastignac, acabó por entrar, conducido por de Marsay, en una carrera seria, donde se distinguió. Las bromas á que aquellos jóvenes se entregaron llegaron á ser tan famosas, que han dado materia para más de una comedia. Luciano, presentado por Blondet á aquella sociedad de disipadores, brilló en ella al lado de Bixiou, que fué uno de los espíritus más malignos y uno de los burlones más infatigables de aquel tiempo. Durante todo el invierno, la vida de Luciano fué, pues, una larga embriaguez entrecortada por los fáciles trabajos del periodismo. El poeta continuó la

serie de sus articulitos é hizo enormes esfuerzos para producir de cuando en cuando algunas hermosas páginas de crítica sumamente estudiada; pero, generalmente, el estudio fué una excepción, y sólo se entregó á él obligado por la necesidad: los almuerzos, las comidas, las jiras campestres, las veladas y el juego, devoraban una parte de su tiempo, y Coralia la otra parte. Luciano se tenía prohibido pensar en el día siguiente, lo cual no tenía nada de particular viendo el ejemplo de sus pretendidos amigos, los cuales, con el producto de prospectos espléndidamente pagados y con primas por ciertos artículos de reclamo, vivían indiferentemente, sin acordarse del porvenir. Una vez admitido en el periodismo y en la literatura como igual, Luciano vió enormes dificultades que vencer en el caso de que quisiera elevarse, pues si todo el mundo consentía en considerarle como igual, nadie lo admitía por superior. Insensiblemente renunció, pues, á la gloria literaria, creyendo que la fortuna política era más fácil de obtener.

—La intriga despierta menos pasiones contrarias que el talento y sus sordos manejos no llaman la atención de nadie— le dijo un día Chatelet, con quien Luciano se había reconciliado. Por otra parte, la intriga es superior al talento y de nada hace algo; mientras que, las más de las veces, los recursos del talento sólo sirven para hacer al hombre desgraciado.

A través de aquella vida holgada y lujosa en que al día siguiente no encontraba nunca el trabajo prometido y transcurría generalmente en medio de una orgía, Luciano prosiguió su pensamiento principal: frecuentó asiduamente el mundo; cultivaba á la señora de Bargetón, á la marquesa de Espard y á la condesa de Montcornet; no faltaba á ninguna de las veladas de la señorita de Touches; dejaba siempre las orgías por la buena sociedad, y los gastos de la conversación parisiense y el juego absorbían las pocas ideas y fuerzas que le dejaban sus excesos. Con este género de vida, el poeta perdió aquella lucidez de espíritu y aquella frialdad necesarias para observarlo todo en torno suyo y para desplegar ese tacto exquisito que los advenedizos deben emplear á cada instante, siéndole así imposible reconocer los momentos en que la señora de Bargetón volvía á él ó se alejaba herida, le perdonaba ó le condenaba de nuevo. Chatelet notó las armas con que luchaba su rival y se hizo amigo de Luciano para mantenerle en la disipación que agotaba sus energías,



Rastignac, celoso de su compatriota y considerando al barón aliado más útil y más seguro que Luciano, hizo causa común con Chatelet; así es que, algunos días después de la entrevista del Petrarca y de la Laura de Angulema, Rastignac reconcilió al poeta con el antiguo Adonis del Imperio, mediante una magnífica cena en el Rocher de Cancale. Luciano, que se retiraba siempre al amanecer y se levantaba al mediodía, no tenía fuerza para resistir al amor á domicilio que le ofrecía la actriz, y el resorte de su voluntad, debilitado por una pereza que le hacía indiferente á las hermosas resoluciones que tomaba en los momentos en que entreveía su posición tal cual era, llegó á ser nulo y no respondió ya á las presiones más fuertes de la miseria. Después de haberse considerado muy feliz viendo que Luciano se divertía, y después de haberle animado viendo en su disipación una garantía para la duración de sus relaciones, la dulce y tierna Coralia tuvo el valor de recomendar á su amante que no olvidase el trabajo, y más de una vez se vió obligada á decirle que ganaba poco. El amante y la querida se empeñaron con una rapidez espantosa. Los mil quinientos francos que quedaban del importe de las *Margaritas*, los primeros quinientos francos ganados por Luciano no tardaron en ser devorados. En tres meses, los artículos sólo le produjeron mil francos, y el poeta creyó haber trabajado enormemente. Pero Luciano había adoptado ya la grata jurisprudencia de los vividores acerca de las deudas. Las deudas son bonitas en los jóvenes de veinticinco años; pero más tarde nadie las perdona. Es de notar que ciertas almas verdaderamente poéticas, ocupadas en sentir para traducir sus sensaciones en imágenes, carecen esencialmente del sentido moral que debe acompañar á toda observación. Los poetas gustan más bien de recibir ellos mismos impresiones, que de penetrar en los demás para estudiar el mecanismo de los sentimientos. Luciano no pidió cuenta á los vividores de aquellos que desaparecían, no vió el porvenir de aquellos pretendidos amigos que tenían los unos herencias, los otros esperanzas seguras, éstos talentos reconocidos, y aquéllos la fe más intrépida en su destino y el premeditado designio de buscar el lado favorable de las leyes. Luciano creyó en su porvenir, confiando en estos profundos axiomas de Blondet: «Todo acaba por arreglarse.—El que nada tiene nada pierde.—Lo único que podemos perder es la fortuna que buscamos.—De-

jándose llevar por la corriente, se acaba por llegar á alguna parte.—Un hombre de talento que tiene entrada en el gran mundo, hace la fortuna cuando quiere.»

Teodoro Gaillard y Héctor Merlín necesitaron todo aquel invierno para encontrar el capital que exigía la fundación de *El Despertar*, cuyo primer número no apareció hasta Marzo de 1822. Este asunto se trataba en casa de la señora de Val-Noble. Esta elegante y atrayente cortesana, que decía: «He aquí los cuentos de las *Mil y una noches*», enseñando sus magníficas habitaciones, ejercía cierta influencia sobre los banqueros, los grandes señores y los escritores del partido realista, acostumbrados todos á reunirse en su salón para tratar ciertos asuntos que sólo allí podían ser tratados. Héctor Merlín, á quien se había prometido la redacción en jefe de *El Despertar*, debía tener por brazo derecho á Luciano, que se había hecho su amigo íntimo y que tenía igualmente la promesa del folletín de uno de los periódicos ministeriales. Este cambio de frente en la posición de Luciano se preparaba sordamente á través de los placeres de su vida. Este niño se creía un gran político, disimulando su modo de pensar, y contaba mucho con las larguezas ministeriales para arreglar sus cuentas y disipar los secretos apuros de Coralia. La actriz, siempre sonriente, ocultaba su angustia; pero Berenice, más atrevida, instruía á Luciano. Como todos los poetas, aquel gran hombre en ciernes se asustaba un momento ante los desastres, prometía trabajar; pero olvidaba su promesa y ahogaba sus penas en alguna orgía. El día en que Coralia notaba preocupación en su amante, reñía á Berenice y le decía á su poeta que todo se arreglaría. La señora de Espard y la señora de Bargetón esperaban la conversión de Luciano para que Chatelet pidiese, según ellas, al ministro la tan deseada real orden acerca del cambio de nombre. Luciano había prometido dedicar sus *Margaritas* á la marquesa, la cual parecía muy satisfecha de una distinción que se ha hecho rara desde que los autores se han convertido en un poder. Cuando Luciano iba por la noche á casa de Dauriat y le preguntaba cuándo publicaba su libro, el librero le daba excelentes razones para retardar su impresión. Dauriat tenía que hacer tal ó cual operación que le llevaba todo el día; se iba á publicar un nuevo tomo de *Canalis* contra el cual era preciso no chocar; las segundas *Meditaciones*, del señor Lamartine, estaban en prensa y había que procurar que no se



encontrasen dos tomos importantes de poesías. Por otra parte, el autor debía confiar en la habilidad de su librero. Entretanto, las necesidades de Luciano llegaron á ser tan perentorias que tuvo que acudir á Finot para que le anticipase algún dinero á cuenta de sus artículos. Por la noche, cenando, cuando el poeta explicaba su situación á sus amigos los vividores, éstos ahogaban sus escrúpulos en chorros de champagne.

—¡Las deudas!... No hay hombre de talento sin deudas. Las deudas representan necesidades satisfechas, vicios exigentes. Un hombre no medra á no ser empujado por la mano de hierro de la necesidad.

—¡A los grandes hombres, el Monte de Piedad agradecido! —le gritaba Blondet.

—Quererlo todo, es deberlo todo—decía Bixiou.

—No, deberlo todo, es haberlo tenido todo—respondió Lupeaulx.

Los vividores sabían probar á aquel muchacho que sus deudas serían la espuela de oro con que aguijonearía á los caballos enganchados al carro de su fortuna. Además, César con sus cuarenta millones de deudas y Federico II recibiendo de su padre un ducado mensual y siempre los famosos corruptores ejemplos de los grandes hombres mostrados con sus vicios y con toda la omnipotencia de su valor y de sus concepciones. Al fin, el coche, los caballos y el mobiliario de Coralía fueron embargados por varios acreedores por sumas cuyo total ascendía á cuatro mil francos. Cuando Luciano recurrió á Lousteau para pedirle el billete de mil francos que le había prestado, éste le enseñó los papeles de embargo que demostraban que la casa de Florina estaba en una situación análoga á la de Coralía. Pero Lousteau, agradecido, le prometió dar los pasos necesarios para colocar *El arquero de Carlos IX*.

—¿Cómo ha llegado Florina á esa situación?—le preguntó Luciano.

—Matifat se ha asustado—le respondió Lousteau.—Nosotros tenemos la culpa; pero si Florina quiere, él pagará cara su traición. Ya te contaré lo ocurrido.

Tres días después del inútil paso dado por Luciano cerca de Lousteau, los dos amantes almorzaban tristemente en el rincón del fuego de su hermoso dormitorio; Berenice les había cocinado unos huevos en la chimenea, pues la co-

cinera, el cochero y los criados se habían marchado. Era imposible disponer del mobiliario embargado, y en la casa no quedaba ya ningún objeto de oro ni de plata, ya que todos ellos estaban representados por papeletas del Monte de Piedad, que formaban un tomito en octavo muy instructivo. El periódico prestaba inapreciables servicios á Luciano y á Coralía, manteniendo en el mayor mutismo al sastre y á la costurera, los cuales temían que el periodista ofendido desacreditase sus establecimientos.

Durante aquel triste almuerzo, Lousteau entró gritando:

—¡Hurra! ¡viva el *El arquero de Carlos IX*! Hijos míos, he sacado cien francos de unos libros, repartámoslos.

Y esto diciendo, entregó cincuenta francos á Coralía y envió á Berenice á buscar un substancial almuerzo.

—Ayer, Héctor Merlin y yo comimos con unos libreros y preparamos la venta de tu novela mediante hábiles insinuaciones. Les dijimos que tú estás en tratos con Dauriat; pero Dauriat regatea y no quiere dar más que cuatro mil francos por dos mil ejemplares, siendo así que tú le pides seis mil francos. Te hemos hecho dos veces más grande que Walter Scott. ¡Oh! tienes en cartera novelas incomparables, y no ofrecés un libro, sino un negocio; no eres autor de una novela más ó menos ingeniosa, sino de toda una colección. Esta palabra *colección* ha dado resultado; de modo que no olvides tu papel y fijate bien en que tienes en proyecto: *La Gran señorita ó Francia bajo el reinado de Luis XIV, Cotillón I ó los primeros días de Luis XV, La reina y el cardenal ó cuadro de París en tiempo de la Fronda, El hijo de Concini ó una intriga de Richelieu...* Estas novelas serán anunciadas en la cubierta. A esta manobra le llamamos nosotros mantear los éxitos. Se hacen aparecer los títulos en la cubierta hasta que se hacen célebres, y entonces llega uno á ser más grande por las obras que no ha hecho que por las que ha hecho. El *En prensa* es la hipoteca literaria. ¡Vamos, riámonos un poco, aquí hay vino champagne! Ya comprenderás, Luciano, que nuestros hombres abrieron unos ojos como estos platillos. Pero hombre, ¿aun te quedan á ti platillos?

—Están embargados—dijo Coralía.

—Comprendo y prosigo—repuso Lousteau.—Los libreros creerán en la existencia de todos tus manuscritos si ven uno solo. En librería piden el manuscrito y tienen la pretensión de leerlo. Dejemos á los libreros con su fatuidad; jamás leen